AMOR,

Y VIRTUD A UN TIEMPO.

DRAMA EN CINCO ACTOS
Y EN PROSA.

POR

EL DR. D. A. M. Y E. PENSIONADO POR S. M.
Y AUTOR DE OTRAS VARIAS PIEZAS EN PROSA Y VERSO.

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ
EN EL TEATRO DE ESTA CIUDAD Á BENEFICIO DE LA SEÑORA JOSEFA GARCIA, SEGUNDA ACTRIZ, EN EL DIA DE FEBRERO DE ESTE AÑO.

Lectorem delectando, pariterque monendo.
Q. Horat.

CON LICENCIA,
EN VALENCIA,
EN LA IMPRENTA DE JOSÉ FERRER DE ORGA.
AÑO 1816.

intrepetar en semejante ocasion, digo yo, y todas las de mi clase.

Paul. Tienes razon, sin duda; y aun por eso están las familias, donde entrais, infernadas con mil chismes. Por eso, y porque no pueden vivir sin criados, nos llaman enemigos forzosos; se nos mira como á tales; nos tienen generalmente por pura necesidad, sin amor, ni ley, hasta que viene nuestra vejéz, y nos abandonan nuestras fuerzas. Entonces que los amos no sacan ya de ellas toda la utilidad posible, se nos ajusta la cuenta, nos despiden de su casa, y suele ser el premio de nuestra conducta necia, el deplorable abandono de nuestros últimos años, que se pasan en los santos edificios de la misericordia, ó del hospital general. Gracias á Dios, mi honrado proceder me pone á cubierto de tan miserable suerte. Pero que quieres, si en toda mi vida he visto mas caras de amos, que las de dos solos, y me pienso morir en la casa que estoy con una asistencia tan opulenta, como pueda tenerla el mismo Marques, que es el segundo. El primero fue el Rey, á quien he servido treinta y cinco años, de soldado y cabo; en paz y en guerra; dia y noche; mozo y viejo; pero siempre con la honrosa estimacion de mis gefes, que representada á S. M. para mi retiro, ha sido recompensada con dos cédulas de preeminencias; con las ginetas, que estás viendo; con este par de medallas; con tres quarterones de pan por dia; y con treinta y ocho reales mensuales de renta. ¡Vivan los buenos servicios, y viva, por siempre amen, la generosa recompensa que los acompaña! *Vase.*

Anic. Está demas toda mi habilidad para con este viejo. ¡Que diferencia tan notable entre su carácter y el mio! El me calla con obstinacion lo que no puede menos de saber, y yo quisiera que me dixese lo que seguramente no podria yo callar, si lo supiera. En fin, paciencia, señora Anica! El tiempo lo aclara todo. El nos descubrirá el objeto de la íntima correspondencia entre el Marques y la niña; y aun puedo esperar, que no aguardará mi Ama al último dia del desenlaze de esta intriga, para que llegue yo á saberlo. Por fortuna es como todas, que no callan ni lo suyo ni lo ageno, y nos tratan luego de picoteras... Pero aquí viene ella.... Arreglemos estos muebles, porque no me vea ociosa; aunque nada tiene de regañona.

Sale llamándola Doña Felipa.

Doña Fel. Anica, Anica!

Anic. Señora.

Doña Fel. Yo no se como es que tarda tanto Don Silverio. ¿Le enviaste á buscar? ¿Le has hecho decir que le esperaba yo?

Anic. No creo que tardará en venir, segun dixo al criado por quien le adverti.

Doña Fel. Tendrás que ir por él,

si no llega pronto. En el momento voy á cumplir con mis ideas, que han de ser executadas sin remedio. Estoy ya gracias á Dios, sola y libre de aquella importuna Doña Florencia, mi cuñada.

Anic. Si que la echasteis de aquí con destreza. Bien hecho: quando mi amo vivía, era esta una casa de conveniencias, y una muger mas, ó menos á la mesa, importaba muy poco; pero hoy, que Nicasia es ya grandecica, y no necesita de aya, ni tutora; que se arregle Doña Florencia como pueda, que los tiempos no están para sopas bobas. La economía es una virtud.

Doña Fel. Si hubiese tenido otro genio, partiría yo gustosa con ella mis cortos haberes; pero no es mas que una mogigata, que con la costumbre de cuidar de la niña, se pensaba, que debiamos estár sujetas todas á su magisterio.

Anic. En efecto, jamas habla mas que para repreender.

Doña Fel. Por lo mismo, ya que me he quedado con la libertad, que me proporciona la muerte de mi esposo, quiero disfrutar de ella, sin que me la censuren las personas mismas que deberian aprobar hasta mis desaciertos, si yo los tuviese. Desde hoy voy á arreglarme de modo que pocos meses puedan desquitarme de la fastidiosa melancolía, en que por varios años me han tenido un marido viejo, y esa cuñada tétrica, y beatona. Quiero coronarme de rosas, en la primavera de mi juventud, que harto sembrada está de espinas la carrera de nuestra vida, sin que procuremos aguzarlas con la privacion de los placeres inocentes. Para esto Anica, necesito lo primero, que nos mudemos al punto á la rica casa, que me buscó Don Silverio. En quanto el venga.... (*Suena la campanilla de la puerta.*) Puede que sea este. Abrele, y dexanos solos. (*Va Anica á abrir. Sale Don Silverio, y ella se entra.*)

D. Silv. Madama, á los pies de usted.

Doña Fel. Bien venido Don Silverio. Muy serias deben de ser las ocupaciones, que os separan de una amiga, que os desea con ahinco. ¿Donde andais?

D. Silv. Menos quejas, amigita; porque no me las merezco. Teneis ya preparada la nueva habitacion, donde en llevando los muebles, que restan aquí, hemos concluido.

Doña Fel. Pues pronto. Dad vuestras ordenes, y á mudarnos. Mandad tirar las esquelas de aviso para mis conocimientos, y que no haga falta, ni se olvide en ellas el mejor artículo: convite de bayle con ambigú para la primera visita, que ha de ser esta misma noche.

D. Silv. Todo lo tengo ya dispuesto.

Doña Fel. Os advierto, que me

hagais quedar bien. Ahorros fuera, quando se trata de mi lucimiento.

D. Silv. Bien haya los genios garbosos! El vuestro lo fué siempre; pero el de aquel cadúco marido os traía muy á raya. Pues digo! y el de la cuñadita? que sermonazos os hacía sobre la santa virtud de la moderacion! Así, así. A nuevo estado, (dice el refran) nuevas costumbres.

Doña Fel. Yo estoy empeñada en recobrar aquellos años perdidos. Vaya que vuela el tiempo; id, que yo me quedo para hablar aquí á Nicasia. Decidla que la espero. Allá nos verémos despues, por que en quanto nos vistamos, hecho á correr ácia mi nueva casa. (*Vase D. Silverio.*) Ya que la fortuna empieza á favorecerme, aunque por raro modo, no la quiero ser ingrata. Disfruten de los bienes, que me procura los seres capaces de una justa correspondencia conmigo; haber si así me sacan de una viudedad, siempre importuna para toda jóven, que no se cree desprovista de algunas gracias naturales, ni de los deseos de agradar al que las aprecie, á costa del nuevo lazo del himeneo... (*Viendo á Nicasia que sale triste.*) ¿Aun no estás vestida, niña? ¿En que piensas?... Pero dime, tu has llorado! Qué tienes? ¿Qué disgusto puede ocurrirte, sin que le comuniques con esta tu amiga, que no tiene mas cuidado, que tu complacencia?

Nicas. Verdad es que nada debo estimar tanto, como las generosas atenciones que me dispensa vuestra ternura. Pero no dexa de aburrirme el conocimiento propio de mi desgraciada situacion. Bien lo sabeis señora. De algun tiempo á esta parte se vé privado mi corazon de unos objetos, que debian serme muy queridos. El mismo cielo quiso depositar en ellos los sagrados derechos de mis padres á quienes apenas pude conocer. Perdimos á vuestro esposo, mi bienhechor, y para mi mayor desgracia, su hermana Doña Florencia nos ha dexado tambien, sin que sepa yo el motivo. Quanto la debo! quantos cuidados se tomó en mi educacion! Siéndome enteramente desconocido el lugar de su domicilio, estoy privada del consuelo de su amable compañía, de la prudente luz de sus consejos, y de las demostraciones de mi gratitud por tantos desvelos como la costé en mi infancia. El avandóno en que me dexó, y me tiene á pesar del cariño maternal, que la hé debido siempre, pudiera ser muy bien el triste efecto de la falta de su salud, ó de alguna otra desgracia suya, cuya sola idea traspasa mi corazon, y me pone en el estado de melancolía, que me notais.

Doña Fel. Así es como te atormentas con unas reflexîones, sugeridas por tu excesiva sen-

sibilidad, de que debería yo ofenderme, si no te estimase tanto. Doña Florencia está buena, y dichosa, no lo dudes. Y para que la necesitas? Yo podria quejarme de tí, si juzgas necesarios sus consejos, teniendo aquí los mios, muy suficientes para tu direccion. ¿ Si me creerás capaz de abandonarte, ó querrias tu dexarme á mi? No, Nicasia mia, no; jamás nos separarémos. Yo partiré contigo quanto tengo, y valgo.

Nicas. Ah! vuestra bondad me tranquiliza, y debe bastarme. Sed señora, para siempre, mi única, y amada protectora. Compadezcaos esta huérfana, que no aspirará á mas, que á recompensaros de los buenos oficios, que la prometeis.

Doña Fel. (*Abrazándola.*) Te los ofrezco hija mia. Seré tuya por siempre, amada de mi corazon. Mira; para empezar á darte pruebas de ello, pienso que te dediques al cultivo de ciertas habilidades, de que careces, y que realzando las gracias de nuestro sexô, son propias de una noble educacion. No me olvidaré de todo lo que pueda serte útil, ó de agrado. Descansa en mi amistad, y dexa... (*Ve salir al Marques, y la dice en tono mas baxo.*) Pero el Marques viene. Tu sabes quanto sentiría él, tu tristeza; disimula, y vé á vestirte para que podamos salir luego.

Marq. (*Como yéndose hácia la otra puerta.*) A Dios señoras; Nicasia á Dios. Pasaré mañana á la casa nueva á ver á ustedes, por si se ofrece algo, y para saber si las va bien en ella.

Doña Fel. ¿Ya nos dexa usted, Marques?

Marq. Es preciso.

Nicas. (*Con tono de súplica.*) Querria yo que usted nos acompañara.

Marq. ¿Y no será lo mismo que nos veamos allá?

Nicas. Como mi aprobacion del nuevo quarto dependerá seguramente de lo que pueda usted decir de él, desearia yo pronto su parecer.

Marq. Estimo mucho tu sinceridad, Nicasita; pero si logra agradarte, tambien puedes estár segura de que no lo desaprobaré yo. Me llama cierta diligencia; sin embargo, si tú....

Nicas. No señor; no. Así, sería yo una imprudente. Cumpla usted con ese deber, y hasta luego. *Vase.*

Marq. Preciosa criatura! Jamás he visto en ella mas que deseos moderados. Lo dicho dicho Doña Felipa. Procuremos aliviar su triste horfandad quanto nos sea posible. Su virtud se lo merece. Yo, es cierto, que puedo poco por ahora. Aunque descendiente de una antigüa, y noble familia, no soy rico. Mis Padres no me dexaron mas bienes, que las esperanzas de un pleyto, que mis Abuelos han seguido muchos años, y está ya para verse. Su sentencia, que aguardo de dia en dia

á mi favor, me declarará heredero de una casa ilustre, poseedora de quantiosos mayorazgos, y podré ser así muy poderoso. Un tio que me estima con extremo....

Doña Fel. Lo sé, señor Marqués, está de Ministro. Os dá crédito y algunas riquezas que sabeis emplear á favor de los desgraciados.

Marq. No me lisonjee usted, señora. Qualquier otro en mi lugar haria por Nicasia mucho mas de lo que yo hago. La pensioncilla que la señalé, y recibirá usted mensualmente para su asistencia es muy inferior á lo que muchos ricos distribuyen por menor entre la infinita multitud de holgazanes viciosos. Siempre me he creido, que lo poco bien dado vale mas que lo mucho que se reparte sin discrecion. El acaso me hizo conocer á esta huerfanita. Su conversacion me la ha hecho tan recomendable, que encuentro mi mayor delicia en su trato familiar y continuo. Esta ocupacion me arrebata de modo, que poco á poco se hizo una necesidad en mí, y con ella me he olvidado de todas esas vanas diversiones que el mundo llama placeres, y que no sirven mas que de entretener á los ociosos. Este bien debo á Nicasia, y es justo recompensarlo con otro que á ella la haga subsistir; pero se lo repito á usted seriamente, que jamás llegue á saber la mano que la franquea el beneficio.

Doña Fel. Proceder nuevo y extraño en el mundo! ¿Pues como quiere usted que ella le ame, ocultándola la pasion que á usted le inspira?

Marq. Deseo mucho que no lo sepa. Yo la estimo con extremo, pero no quiero seducirla. Intento que sea libre, sin forzarla con mis dones á su correspondencia.

Doña Fel. Prometo conformarme con las intenciones de usted, y le guardaré su secreto.

Sale Anica con dos mozos de cordel. Marcha el Marqués, saludando con una cortesía á Doña Felipa, que le corresponde con otra, y acompañándole hasta la puerta.

Anic. Vamos pronto. Empezad á liar. Todo esto se puede llevar en dos viajes. (*Mientras ellos hacen esto, hablan las dos ap.*) Está ya todo como deseaba usted. Allá he mandado poner la comida, y de nada me he olvidado á costa de mis huesos que tengo bien molidos.

Doña Fel. Tiempo te queda para descansar. Te he buscado otras dos compañeras que nos servirán á entrambas. Quiero que disfrutes de mi prosperidad, de las comodidades que me esperan, y de los regocijos que me preparo.

Anica. Quien oyga á usted tantos proyectos de luxo y abundancia, deberá creerse que la ha caido la lotería.

Doña Fel. La industria es por lo comun el terno mas seguro y cierto.

Anic. Ese es un buen dicho; el todo está en saber hacer de él

una buena aplicacion. (*Yendo hácia los mozos, cargados ya.*) Vamos; á donde os he advertido. Calle de Caballeros: á la misma casa de antes. (*Vanse ellos por una puerta, y ellas por la otra; y se corre el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Antesala iluminada de una casa grande, con puertas al medio por las que se ve otra pieza con una escalera que al parecer va á dar á otro piso, donde se oirá una música que demuestre ser de un bayle nocturno. Para figurar bien este, subirán y bajarán continuamente varias personas. En los cortos intervalos de la orquesta se harán oir palmoteos de broma y aplauso. En la antesala habrá algunos criados, que con capotes, mantones y faroles manifiestán esperar á sus amos. Unos duermen por las sillas, y otros están de conversacion á voz baxa junto á la puerta. Toca la orquesta una contradanza, y luego un vals. Paulino y Nicasia llegan á la parte exterior del teatro.

Nicas. ¿Que está haciendo el Marqués, señor Paulino?

Paul. Lo que hace á las tres de la noche todo juicioso que no trata de trastornar el órden de la naturaleza: dormir á pierna suelta. Esto de velar á semejantes horas es propio del libertinage ó de un indispensable deber. Jamás me he visto yo (bendita sea la hora en que lo digo!) en el primer caso. En el segundo si: ¡quantas noches he pasado, en la sazon de los rigurosos frios, por los encumbrados Pirineos, sin dexar el grito de: centinela alerta! En tales ocurrencias, la penalidad del insomnio es honrosa y laudable, porque la obligacion la prescribe. Pero ¿que diremos de estas otras gentes, que se entregan á continuas vigilias para darse á unas diversiones como esta? Que! que por lo regular el arrepentimiento, la pérdida de la salud, y el deshonor, son sus inseparables compañeros. Mi amo, señorita, es harto prudente para dexar de conocerlo, y no busca sus recreos á las horas en que las lechuzas andan dando vueltas por los tenebrosos ayres para satisfacer los suyos.

Cesa la música. Siguense los palmoteos, y empieza un vals.

Nicas. Si pensára así Doña Felipa, gozaria yo aun de mi pasada tranquilidad. Pero ¿de que me serviria oponerme á su gusto, tan decidido por estas diversiones peligrosas, sino de privarme de su proteccion? Mientras mi buena Mamá, que es como yo llamaba á Doña Florencia, vivió en esta casa con su honrado hermano, y cuidó de mi educacion, quantos habitabamos en ella, logramos de la mansion del reposo, porque Doña Felipa tenia que reprimir su frívolo carácter, ó si asistia alguna vez á los festejos de esta especie, lo ignorabamos nosotras; pero desde que se separó de aquí mi amable tutora, mi buena y fiel amiga, un nue-

vo órden de cosas, enteramente contrario al anterior, ha destruido mi felicidad.

Paul. Al caso: ahora que me nombra usted esa señora: voto á mi mollera! Se me habia ya olvidado. Ahora me acuerdo de que me vió por una calle....

Nicas. Quien? señor Paulino: diga usted ¿Doña Florencia?

Paul. La misma, la misma.

Nicas. ¡Dios mio, si estará en Valencia! pero como; ¡porque no vendria á verme, ó dexaria de avisarme!

Paul. Si (segun creo, me dixo) no ha salido nunca de la ciudad! Vive muy cerca de esta casa. Yo iba á.... á.... vaya no importa ni me puedo acordar donde, iba por una calle, quando oygo que una señora, que me seguia con aceleracion, empieza á gritarme: señor Sargento! señor Sargento! Me vuelvo, y me encuentro con Doña Florencia, tan política y afable como siempre. Me hizo mil atenciones, y otras tantas preguntas sobre el estado de mi salud. Ya se vé, como yo no oia que su boca pronunciase siquiera el nombre de usted: de esta hija que habia criado, y amaba tanto, la dixe: »Y que? ¿no me pregunta usted por su Nicasica? ¿Se ha olvidado usted de ella? ¡Quanto ha crecido! ¡Y que aumento ha dado su edad á sus encantadotas gracias! Ya se ha hecho una señorita en forma, y sabe engalanarse como una Princesa." Apenas la dixe estas pocas palabras, empezó á arrojar unos gemidos dolorosos, y asomándose las lágrimas á sus ojos, me interrumpió, diciéndome: »Calle usted por Dios: no me hable nada de eso: harto bien sé por mi desgracia y la suya, lo que usted me dice."

Nicas. Ella no sabe quanta inquietud me ha causado siempre su inesperado olvido. Jamas he llegado á comprehender el misterio del abandono en que me dexó en la ocasion en que mas debia yo consultarla, sobre el partido que deberia tomar á la muerte de su hermano. Nunca he podido conciliar esta indiferencia con su carácter caritativo y benéfico, ni con las pruebas que por varios años me tenia dadas de su amor. ¿En que habré podido ofenderla? Ah! yo misma iré volando á saberlo de ti, amada amiga mia! Yo te haré ver que si mis recuerdos excitan aun tus lágrimas, no las derramo yo menos por tu memoria.

Paul. ¡Como, señorita, tambien llora usted! ¡Y que la haya contado nada de esto! ¡Mal haya mi pico! Pero mejor. Con eso se verán ustedes dos pronto; se hablarán; se arreglará un nuevo tratado de paz por lo pasado; y se echarán pelitos al ayre para lo futuro. ¿No es verdad?

Nicas. Si, amigo Paulino. Sin pasar de hoy iremos juntos á verla.

Paul. Quando usted mande. Si digo que vive á la tercera casa, en saliendo de esta á la izquierda. No se puede errar.

Sale Anica.

Anic. Es posible, señorita, que no

se corrija ese genio, siempre tétrico é insociable. Mi ama se está allá repudriendo, porque usted sin atencion á las señoras del convite, parece que huye de su compañía. Me dice que busque á usted. Se van ya despidiendo casi todas, y va á acabarse nuestra funcion.

Nicas. Voy, voy. (*Cesa la música. Vase Nicasia. Empiezan á baxar todos. Se alzan los criados; encienden sus faroles; entran á buscar á sus amos.*)

Paul. (*A Anica.*) Bravo! si, ya es tiempo. Ya empieza la aurora á esparcir la luz por el emisferio, y es preciso que las aves nocturnas se vayan retirando de ella.

Anic. ¿Y que quiere decir eso?

Paul. Muy poco ó nada. Esto es lo mismo que haber dicho, que estas gentes se irán ahora á dormir hasta el medio dia lo menos. El sueño es una necesidad de la naturaleza. No puede dexar de satisfacerse. Esos señores tendrán regularmente casa, familia y obligaciones. Las han abandonado por la noche, y será lo mismo por el dia. Bueno! Bueno!

Anic. Y ¿no es eso murmurar; ó querrá usted que se viva á lo recoleto?

Paul. A lo racional, dirias mejor. Pues que! ¿no se puede baylar un rato á la hora del paseo, la mas propia para hacer exercicio? Ha de ser precisamente por la noche, quando se hacen los panes tuertos. — (*Se oyen varios gritos para llamar á los criados, diciendo: Martinez. Sento. Antonio. Entran; dan las ropas; se las ponen, y vanse. Paulino, mirando á dentro, dice.*) Ninguno de estos maricones seria capaz de desvelarse un solo quarto de hora para servir una taza de caldo á un pobre enfermo. Los mas son oficinistas, mercaderes, ó agentes de la Audiencia, que vienen muy placenteros á hacer ostentacion del luxo y belleza de sus mugeres é hijas, ante unos oficialitos petimetres y celibatarios, los únicos para removerlas, no solo el cuerpo, sino los cascos. Los buenos maridotes, que por lo regular no baylan, se están bostezando por algun rincon. Pobres simples! qué mal entendeis vuestros propios intereses! Despues declamais contra las costumbres. Mentecatos! las costumbres dependen de vuestro proceder!

Anic. Usted me parece mas filósofo que militar, señor Paulino.

Paul. No son incompatibles esas dos cosas; y yo puedo muy bien tener mi cachito de una y otra, señora Anica.

Anic. Aun por eso no se ha casado usted, y juzgo que sucederá lo mismo al señor Marqués, su amo.

Paul. (*Alzando la voz como enfadado.*) Poco á poco con hablar de los ausentes. El sabrá lo que ha de hacerse, sin necesidad de consultarlo con nosotros. Lo que yo puedo asegurar és, que no engañará á ninguna, y procurará no ser engañado por ellas. Mi señor es muy juicioso y noble....

Salen Doña Felipa y Nicasia.

Doña Fel. ¿Que es esto, Pauli-

no? ¿le ha enfadado Anica?

Paul. La verdad, señora, me ha tocado un poco en lo vivo, y la respondí por fefaút; pero todo está acabado ya.

Doña Fel. Cuida mas de lo que te corresponde. Estás viendo el dia, y no se han apagado aun las luces. Anda al menos á mandarlo, si no lo haces.

Anic. (*ap. al marcharse.*) Como no hubiesen venido las señoras, ya le hubiera yo encaxado en los ocicos el amor platónico de su Marqués con nuestra niña. *Vase.*

Paul. Digo!... Que!... Aun te vas rezando; pues mira!... Perdonen ustedes este genio pronto. Me arrebato con facilidad, siempre que una de estas monuelas se me desmanda, queriéndose echar á críticas sin juicio ni razon. A Dios, señoras, que se querrá vestir mi amo. Hasta otra vez.

Nicas. Que sea hoy mismo.

Doña Fel. Expresiones al Marqués; que deseo verle.

Paul. Serán ustedes obedecidas. *Vase.*

Nicas. ¿Nos entramos á descansar? Estas trasnochadas me trastornan con extremo.

Doña Fel. ¡Qué lástima perder una madrugada tan hermosa! Pudieramos desayunarnos en un huerto.

Nicas. Yo me retiraria mas gustosa, si me lo permitieseis.

Doña Fel. Qué humor: siempre el tuyo!

Nicas. Me han dado una noticia, para mí la mas sensible. Doña Florencia está en la ciudad, y no quiere verme. No alcanzo el porqué.

Doña Fel. ¡Y que te importan sus ridiculeces! Por ventura ¿dependes ya de ella? Siempre fue muy extremada en todo. Afecta ser muy rígida y severa; pero porque nunca fue bonita, y porque se mira hoy olvidada, sin que nadie la haga caso. Mucho me disgusta que hayas tú querido saber mas de ella. Esa muger ha estado siempre envidiosa de mí, queriéndome governar á su modo. Si despues de la muerte de mi marido la hubiese yo dexado en nuestra compañía nos hubiera querido mandar á ti y á mí. El haberla cerrado la puerta de mi casa ha debido de irritarla mucho; pero qué importa? Jamás hubiera consentido en nuestras diversiones.

Nicas. ¿La ha cerrado usted la puerta de casa?...

Doña Fel. Sin duda; y sin eso no nos hubiera dexado sosegar.

Nicas. Qué me dice usted?

Doña Fel. La verdad. Pero ¿porque lo sientes tanto? ¿que es lo que te puede afligir? Si pierdes una amiga regañona, severa y difícil, ¿no tienes en mí otra, que solo piensa en complacerte? Me parece que no has perdido en el cámbio. Despues de lo que hago por ti, me da cierto pesar, que no estés enteramente contenta conmigo; y que sientas tanto perder una muger que es mi enemiga, y que no hiciera mas que incomodarnos. Te pido, Nicasia, su total olvido. Esto exîjo forzosamente

de tu amistad, si aprecias la mia. *Vase.*

Nicas. ¡Qué estraño tropel de ideas asalta á mi imaginacion, con lo que acabo de saber!... ¿Como es que esta señora hasta ahora me ha asegurado que estaba su cuñada ausente de Valencia? ¿Por que la aborrecerá así? Es verdad que mientras vivió su hermano, no se buscaban, pero al menos vivian entre ellas bien. No puede menos de haber algun misterio que yo no alcanzo en la conducta de Doña Felipa.... No quiere la otra verme, y ni aun que se la hable de mí: ¿por que puede ser esto? Esta duda me da una inquietud mortal. Todo me obliga á que la procure un desengaño pronto. Esto ha de ser. Espiaré el momento oportuno en que me quede sola, y llegaré á lograrlo, si se recoje Doña Felipa. Juzgo que se entró en su quarto. Lo veré mejor; y aunque no estuviese aquí Paulino para acompañarme le haré avisar, ó me iré yo sola.... Si, si. Buena ocasion! pero salgamos de toda duda, con saber si se ha retirado. *Vase.*

ACTO TERCERO.

Habitacion modesta de Doña Florencia. Esta leyendo junto á una mesa con diferentes libros. Nicasia entra de basquiña y mantilla sin ser vista de aquella, que estará sentada de espaldas hácia la puerta.

Nicas. (*Como hablando con el que la acompaña.*) Dexadme sola. Yo quiero sorprehenderla. — Ella es; y si pudiera yo dudarlo, su buena ocupacion me lo dixera. En sus lecturas escogidas es donde ha tomado las máxîmas de su conducta moral. (*Llégase, y la abraza.*) Amada amiga mia! mi querida Florencia! ..

Doña Flor. Quien!... Qué veo!... (*Incorporase, y toma un ayre serio y de frialdad.*) No, no: se acabó ya ese tiempo.... ¿Ahora tanto calor, despues de tanto olvido? Ya no nos podemos estimar. Anda con Dios, y dexame tranquila. Yo debo cuidar de mi reputacion, y tú no sentirás perder una amiga que debes tener por inútil.

Nicas. Como!... Ay Dios! Yo perder mi amiga, mi adorada mamá!... ¿Por que, por que? ni qué he hecho para perderla? Que! mi querida Florencia, vos no me quereis, y teneis la impia satisfaccion de decirmelo!

Doña Flor. (*Como dudosa.*) Bien, bien; yo te quiero siempre; pero, amable y mal aconsejada amiga, ¿como es posible que yo desee verte despues que.... Ah! Quien me hubiera dicho que mi virtuosa Nicasia seria capaz de... Muy engalanada te veo; pero estabas mil veces mas hermosa, quando te conocia inocente... No recibo yo visitas de personas de tu trage: dime pronto qué es lo que aquí te trae, á qué vienes?

Nicas. Ay de mí! al asunto mas importante de mi vida. Vengo á ver si la amiga de mi corazon

si esta tierna y generosa amiga, que era tan sensible á mis desgracias, cuyas entrañas estaban siempre abiertas á mis penas, y cuya mano enjugaba mis lágrimas, ha perdido enteramente esta memoria. Vengo á saber porque ha dexado de quererme; porque no quiere, que se la hable siquiera de mí, segun se me dixo ayer. Vengo á que me diga, que es lo que he hecho para desmerecer su amistad. Antes me quejaba de su olvido, y ahora tengo que quejarme tambien de su injusticia. Tened piedad de mi llanto. Por Dios os lo ruego: explicadme qual es mi culpa, y porque os enfada la feliz situacion en que me veo.

Doña Flor. Tu la estás confirmando mas y mas. Nicasia! tú llamas feliz á tu situacion!... Pobre y desgraciada Nicasita. Una sola palabra pudiera bastar para desengañarte, y hacerte ver la reputacion que tienes por el mundo; pero es inútil que yo te la diga. Y pues que estás tan bien hallada con esa situacion ¿á que vienes aquí? No me hagas hablar mas; harto te he dicho para que me entiendas.

Nicas. Yo no os comprendo! ¿Qual es mi delito? ¿Por que me hablais con esa sequedad? ¿Que he hecho que merezca vuestro enojo?

Doña Flor. Esas preguntas me admiran y confunden. ¿Aun te atreves á preguntármelo, haciéndote desentendida? Que! quisieras que ensuciase yo mis labios con horrores, que repugnan á mi decencia? ¡Alejándote de la virtud, has perdido, infeliz, hasta su memoria, y no te queda ni aun la idea del honor!... Pero que veo!... Baxas tus ojos, y los colores se asoman aun por tus mexillas! Al fin un resto de pudor te queda todavía. Ah! ¡Como has podido desecharle de tu corazon!

Nicas. Ay Dios mio! (*Muy llorosa.*) Me avergüenzo de vuestras palabras, pero no de mis delitos. Soy aun la misma que era, y nadie puede baldonarme nada. Me acusais de haberme alejado de la virtud!.. ¿Quien os lo ha dicho? y por qué me acusais con tanta dureza?...

Doña Flor. Nunca te hubiera creido yo capaz de una firmeza tan osada; asi, te pido, que acabemos con esta dolorosa conversacion. No me obligues á decirte la impresion, que tu conducta produce en mi alma. ¡Ay Nicasia, Nicasia! que diferente estás de la que te dexé! Es desgracia perder la virtud: pero es la suma baxeza no correrse, y hacer gala del propio deshonor. Ya está visto. Tu lo has sacrificado todo á las riquezas, y ni siquiera te queda la decencia suficiente para avergonzarte de tu estado.

Nicas. (*Sentándose debil sobre una silla, y muy consternada.*) Dadme valor, ó Dios mio!.... Que! Florencia, la indulgente Florencia me trata con esta indignidad!... ¿Que quiere de-

cir todo eso? Cómo? ¿Pues que mas diriais á la mas infeliz de las mugeres?... ¿Me teneis por una de ellas?... ¿Por que me dais á entender que he cometido los crímenes mayores?.... En que? ni como?...

Doña Flor. (*Ap.*) Su llanto traspasa mi corazon! No deberia tal vez mi zelo estar tan riguroso con una criatura, que se ha dexado seducir por dos genios perversos. (*Yendo hácia Nicasia, la toma su mano con ternura, y la incorpora.*) Ven hija mia. Dime la verdad, y respóndeme sin rebozo. ¿Por que no has respondido á mis cartas? ¿Por que quando murió mi hermano, y te escribí, ofreciéndote un asilo decente y seguro en mi casa, no quisiste admitirlo? ¿Por que me hiciste responder, que no necesitabas de nada, y que no me inquietase de tu conducta?

Nicas. ¿Con quien, ni quando me habeis jamás hecho saber donde parabais? De que cartas me estais ahí hablando, si léjos de haberlas recibido, no he dexado de llorar la falta de vuestra correspondencia! Ninguna diligencia he omitido para procurarmela; pero se me hizo creer que estabais muy distante de esta ciudad.

Doña Flor. Ah vil engaño!.... Conozco sus autores detestables, y comprendo sus designios!.... No, hija mia; ninguna dificultad me cuesta el creerte; pero ¿de que sirve conocerlo, si el daño está ya hecho? Y no es esto lo peor, sino que tu pareces contenta, y aun te tienes por dichosa. Hallándote gustosa en esa disposicion, no comprendo porque bienes á verme. Ya no puedo esperarme volverte á tus principios. La que ha gustado una vez de las dulzuras de la opulencia, no se separa de ellas facilmente. Ademas de que tampoco tendrás valor para abandonar á tu pérfido Marques, para restituirle sus interesados dones, y para huirle, y despreciarlo.

Nicas. Pero ¿porque le he de despreciar? No, mi querida señora, el Marques no merece los nombres, que le dais. Es seguramente un hombre de bien, de la mas delicada moralidad; y quando le conozcais no dexareis de estimarle, hallándole muy diferente de lo que le habeis juzgado.

Doña Flor. Tu me aturdes, y no puedo entenderte! Nicasia ¿no recibes las contínuas visitas de ese hombre? ¿No estás á solas con él la mayor parte de tu vida? ¿Y no es verdad que le amas hasta el delirio, pues no quieres dexar un comercio tan vergonzoso que te deshonra?

Nicas. Yo no creia que jamás la amistad pudiese deshonrar á nadie. Yo no atribuía el deshonor, mas que al amor impuro. Sin duda que el Marques viene todos los dias á mi casa; que está conmigo á solas; pero ¿como no lo ha de estar, si es él mi único amigo, mi solo cono-

cimiento. Bien sabeis, que siempre me he criado en un retiro, sin tratar ni conocer á nadie. Acostumbrada por vos misma á estár continuamente ocupada, no sentía yo la necesidad de divertirme, ni el deseo de tener amistades. Doña Felipa tenia otro gusto; amaba mucho las diversiones, y las gentes. Desde el dia que tuvo la grande herencia; viuda y rica, ya no ha pensado mas que en vivir conmigo, y desde entonces....

Doña Flor. ¡Y qual ha podido ser la herencia de Felipa!..

Nicas. Tambien lo ignorais? Heredó de un tio suyo de América quantiosos bienes. (*Florencia se santigua, admirada del engaño.*) Me estais dando en rostro con la amistad del Marques; pero si vos le conocierais le amariais como yo. Sin duda que la idea de no verle y de dexarle me repugna, y lastima mi corazon. Os confieso que su presencia me causa un embeleso, que á el tambien le encanta; pero esto es solo un instante secreto de nuestros corazones. Yo le miro unas veces, como el hombre con quien el cielo me suple la falta de un padre que no llegué á conocer: otras me parece un hermano, que me ama y me es querido; y otras al fin, un amigo tierno, que Dios me ha dado para que sea mi apoyo. ¿Y quereis, señora, que sea tan ingrata, que huya y desprecie yo á un hombre que me está haciendo tanto bien, y que solo exíje de mi, unos sentimientos puros y nobles?

Doña Flor. Qué es lo que me dices! mi querida Nicasia. ¿Será posible, que te haya sostenido el cielo, y que conserves tu inocencia? ¿Serás aun digna de que te reciba yo en mis brazos?.... Si; lo quiero creer así, porque si fuera tu amor delinqüente, no lo confesarías con tanta libertad. Puede ser que hasta ahora no te hayan hallado bastante pervertida, y esperen á que lo estés mas, para desmoralizarte y perderte. No; no! El cielo me la envia aun á tiempo para que pueda yo preservarla. Ah! desconfia de todos, de todos, y hasta de ti misma. No los oygas, ni vuelvas á ver mas. Nunca recibas nada del Marques; devuelvele sus dones. Mira que los hombres, siempre astútos, saben disimular largo tiempo para conseguir sus malos intentos.

Nicas. No compareis á este mio con esos malvados. Yo pondría mi vida á que jamás ha pensado en mi seduccion. ¡Su buen corazon querría hacerme despreciable, y desdichada! Jamás, jamás. La aficion que me tiene, és tan pura como la mia. Si vos misma le vierais... si le hablaríais....

Doña Flor. Pues bien, yo le veré y le hablaré, si tu quieres. No deseo mas de que vuestra amistad sea tan sínce-

ra y desinteresada, como dices... Pero valga la verdad; quando lo fuera, ¿ quien la querrá creer así? ¿ Y como podría el Marqués justificar su imprudencia? ¿ Porqué te hace vivir en una rica casa que el paga? A que fin te pone en ese trage luxoso? ¿ Porque reusa que las gentes te vean? ¿ No es dar á entender que vives para el solo? El te oculta sus dadivas, pero no puede ocultarlas á los otros. Todos saben que Felipa es pobre, y sus antiguas amigas, que ella ha dexado por otras de mas alta clase, viéndola ahora con tanto tren, se han informado de todo, y no hacen mas que hablar contra ella y contra tí. Los amigos, y parientes del Marqués no pueden dexar de saber lo que hace. Sus criados y los vuestros le ven estár todo el dia contigo. De aquí puedes conocer quantas ideas groseras y malignas correrán, y quanto la embidiosa malicia añadirá á la verdad. Ya has visto que este rumor ha llegado hasta mi, y que debiendote yo conocer mejor que todos, te creía culpada: discurre lo que los demas se pensarán. En fin, me dices que el Marqués es tu buen amigo; yo te digo que no puede serlo, porque el hombre que prefiere su complacencia á nuestra reputacion, dexa ya de serlo. Su amistad no es pura, pues que.... Pero ¡tu lloras! Te agitas, y ni siquiera me oyes!

Nicas. Ah! demasiado os escucho; no quisiera señora entenderos tanto! Con eso venis á quitarme la paz del alma: así acabais de destruir toda la felicidad de mi vida. ¿ Porque me habeis arrancado mi agradable ilusion? (*Con llanto.*) Perdonadme y compadeceos de mi. Es muy fuerte la violencia de mi dolor: no puedo contenerla.... Conozco que teneis razon, os agradezco vuestra buena voluntad; pero me haceis ver una luz tan funesta!... tan triste! Me hacía mi error tan dichosa!... Injustas censuras!... ¿ Pero que me importan las de un mundo, en que yo no vivo? ¿ Le he de sacrificar toda mi felicidad? ¿ Que me hacen á mi sus falsos juicios, quando estoy inocente, y mi corazon no me condena en nada?

Doña Flor. Quanto me lastimas hija, porque veo que quieres con demasía al Marqués! No tengas que afligirte tanto. ¿A que todos esos lamentos, y despechos? Tu eres libre, y yo no tengo ni autoridad, ni derecho para imponerte ninguna sujecion. Carezco de medios para privarte de esa felicidad, que tanto estimas; haz cuenta que no te he dicho nada; olvida que me has visto; pierde hasta la memoria de mi amistad, de mis inútiles esfuerzos. Anda á consolarte con aquella triste muger, que te procura una felicidad pasagera, que te

acarreará unos devoradores arrepentimientos; pero no te quejes de mí, que he cumplido con lo que me prescriben mi amistad, mi honor y mi conciencia.

Nicas. No mi amada amiga, no destroceis mas mi alma. ¡O quanta amargura derramais sobre ella! ¡Conque os temeis que yo llegue á la vergüenza, y á los remordimientos! ¡Hasta ese punto despreciais á vuestra pobre amiga!... No os ofendais de mis quejas. Soy débil y quizas injusta; pero escusadme, porque el dolor me oprime. Bien me habeis hecho conocer, que aunque mi conducta sea pura, debo reputar mi reputacion; que aquella muger recibe los dones del Marqués; me los oculta, y que tienen todos razon de pensar mal de mí. Pues bien; no me propongais que yo vuelva con ella. No quiero fiarme en lo sucesivo mas que en vuestras luces, y vuestra amistad. Ni siento perder la comodidad conque vivia, ni la fortuna que aquella muger me procuraba. Pero permitidme que se desahogue mi dolor en vuestro seno. ¿Como es posible abandonar á mi querido y generoso amigo? ¿Podré tener valor para afixirle, para abandonarle con dureza, y causarle los mismos tormentos, que estoy ahora sintiendo?

Doña Flor. Y quien te dice eso? Al contrario, debes hablarle y hacerle sentir la necesidad en que estás de separarte de una muger de tan mala reputacion. Le dirás que no lo sabías; pero que bien informada no puedes ya vivir mas con ella. Creo pues, que debes escribirle, que venga aquí al momento. En mi primera conversacion con él, conoceré sus intenciones. Si fuesen buenas no desaprobará mis consejos; pero despues de todo, si no le acomodasen, tú serás siempre dueña de hacer lo que te parezca.

Nicas. Estoy conforme. Teneis razon. La virtud, y mi honor exîjen este sacrificio. Debo hacerle sin dilacion. (*Pónese á escribir una carta.*)

Doña Flor. (*Hablando á sus solas, mientras Nicasia escribe.*) Por esa amable docilidad reconozco en tí la bondad de tu corazon. Os bendigo mil veces, divinos cielos! Aun se conserva en él la delicadeza de la virtud! Este descubrimiento, que destruirá mi equivocacion, colmará mi felicidad, demostrándome el irresistible poder del germen dichoso de la buena educacion. Desengañaos, ó Madres! por la que deis á vuestras hijas, conseguirá el bello sexô los frutos indelebles de la bondad, ó los de su viciosa y vaja degradacion!...

Nicasia. (*Entregando la carta á Doña Florencia.*) Tomad; leedla, y remitidla por Paulino, que está ahí, pues vino á acompañarme.

Doña Flor. (*Lee la carta á voz alta.*) »Mi estimado Marqués:

»Acabo de saber lo que es »Doña Felipa, y la reputa»cion que tiene entre las per»sonas de providad. Yo no vol»veré en mi vida á casa de »tal muger. Tambien se me ha »manifestado, que vos mismo, »á quien despues de un año »veo continuamente con tanto »placér, á quien estimo y amo »tanto, podeis ser un pérfido, »y tener males intenciones. Yo »no puedo creerlo. Si no fuese »así en efecto, y si podeis »justificaros con una señora res»petable, que es mi antigua »y verdadera amiga, venid al »punto á casa de Doña Flo»rencia, donde os aguardo con »impaciencia, esperando halla»ros digno de todo el amor »que os tiene vuestra Ni»casia." (*Representa.*) Está bien. Se la llevará ese criado de su confianza. (*Vase y vuelve pronto.*)

Nicas. Estoy segura de la nobleza de tu corazon amado amigo mio. No ofendo tu bella alma, ni desconfio de ella. Te conozco, pero debo prestarme á esta prueba de una virtuosa delicadeza. ¡Permita el cielo, que no me cueste cara!

Doña Flor. Ahora mismo, dice Paulino, que volverá con su amo. Prepara tú tu corazon; armale de un nuevo brio para el penoso ensayo, que nos descubrirá las intenciones de un amigo, cuya honradez ponderas tanto.

Nicas. Hé aquí la vez primera que la vista del Marqués causará en mi una sensacion mezclada de inquietud. Temo ahora su presencia, y desearía ocultarle los movimientos de mi corazon.

Doña Flor. Ese pudiera ser un bien para vosotros dos. El se explicará conmigo sola con mas libertad, y tu podrás oirlo todo desde esa pieza. Puedes retirarte á ella.... Pronto, pronto que llega ya. (*Nicasia se retira, Doña Florencia al ver al Marques dice aparte.*) El es sin duda.... Agradable presencia! Oxalá que su moral corresponda tambien! (*Yéndose hacía él.*) Seais muy bien venido señor Marqués.

Marq. (*Mirando á los lados.*) A vuestros piés señora.... Me pensaba encontrar en este sitio á la persona que me manda venir á él, aunque sin el honor de conoceros.

Doña Flor. Ya me conoceréis. Soy vuestra servidora. Deseo el honor de hablaros.

Marq. Y yo el de que me digais con franqüeza, en que puedo serviros.

Doña Flor. Tomad asiento. (*Siéntanse.*)

Marq. Os obedezco y escucho.

Doña Flor. Tal vez estrañareis, señor mio, que sin autoridad ni derecho pretenda yo forzaros á cierta confianza; que quiera penetrar vuestros secretos, y os pida la explicacion de una conducta, que no puede ser justificada sino por algun motivo muy particular; pero el interes que me ha inspirado Nicasia,

por haberla criado y porque la quiero con todo mi corazon, me autorizan á este atrevimiento. ¿Os dignareis pues decirme quales son vuestras intenciones sobre vuestra intimidad con ella?

Marq. En verdad, señora, que no me es posible satisfaceros, porque yo mismo no lo sé, y lo único que puedo responderos es, que no tengo ninguna. No concebireis jamás, quanto me embarazais con una pregunta, que me he hecho mil veces á mi mismo, sin poder nunca satisfacerme. El único sentimiento que hallo en mi corazon, es desear la felicidad de Nicasia, y de hacerla dichosa. Esto es todo lo que sé de mí, y no me conozco otras intenciones. Me atreveré yo á preguntaros ¿si hallais en mi conducta algo, que os parezca poco decente, y que merezca vuestra desaprobacion?

Doña Flor. Estraño mucho, señor Marqués, y aun siento, que una persona como vos, pregunte, si su conducta es digna de censura, quando expone la reputacion de una pobre muchacha, que no tiene mas bienes, que su honor; tened á bien decirme ¿quien os ha dado el derecho de separarla de mí, de privarla de mis consejos y de inducirla á dexar un estado pobre, pero tranquilo y honroso, por hacerla gozar de las dulzuras de una opulencia pasagera? La habeis vos acostumbrado á gozar de ella, y la exponeis, á que por continuarla sacrifique la honestidad de sus costumbres. Que! ¿No os baldonais nada, quando os habeis divertido en inspirarla una pasion, que la pondrá en la triste necesidad de ser culpable ó infeliz?

Marq. Confieso, señora, que vuestra reflexîon me turba y aflixe; convengo en que la merezco, y en que me la he hecho muchas veces á mi mismo. Reconozco que en la situacion de Nicasia y la mia, yo no debia dexar tomar fuerzas á mi inclinacion, ni fomentar en ella una pasion que no podia ser feliz, sin que alguno de los dos, no hiciese al otro muy grandes sacrificios. Quizás hubiera sido mas prudente cortar el hilo de una peligrosa amistad; pero os aseguro por todo mi honor, que no he intentado seducirla. Yo no la he engañado ni con falsas promesas, ni con lisongeras esperanzas. No abusé jamás, de su ingénua credulidad; y lejos de encenderla con los discursos del amor, ni siquiera me he permitido declararla mis sentimientos. Yo estaba enteramente satisfecho con el delicioso placer de amarla en secreto. No tenia otro deseo que servirla, gozando así de una felicidad superior á quanto puede presentarme el mundo. Me parece que Nicasia estaba tambien contenta. Ay señora! que mal nos habeis hecho con las funestas luces que la habeis dado.

Doña Flor. No os persuadais á que por un zelo curioso, ó indiscreto me he tomado par-

te en el asunto presente. Ha venido ella misma....

Marq. No teneis que disculparos. Yo no os disputo el derecho sobre una persona, que os debe su primera educacion; pero jamas llegareis á saber, que haya yo intentado con ella nada, que ofendiese su honor. Aun os diré mas. Habiendo jugado con buena suerte en el exército, hice ganancias considerables, que me propuse entonces destinárselas á mi querida, y las tengo ya puestas en su nombre en poder de un sugeto acaudalado, que la procura unas ganancias suficientes, y esentas tambien de interés. Yo me decia á mi mismo, pues que tantos hacen estas liberalidades en favor de la baxeza del vicio ¿porque no lo haré yo por la hermosura pobre, donde hallo amor y virtud á un tiempo? Estos son los motivos que me determinaron, y ya podeis ver si es justo, que se diga á Nicasia, que yo puedo ser pérfido y tener malas intenciones.

Doña Flor. (*Ap.*) ¡Que noble franqueza! No sé que decirle, pero es fuerza probarlo aun mas. (*A él.*) Aunque no pueda yo menos de tributar mis elogios á un proceder tan noble y desinteresado, tampoco dexareis de concederme la justicia de mis temores para lo sucesivo. Respondedme de una vez, y concluyamos con una conferencia, poco agradable á todos. Decidme: ¿dexaréis disfrutar á Nicasia de vuestros beneficios en el convento á donde pienso llevarla prontamente?

Marq. Al instante. No digo en el convento....

Nicas. Ay de mí! Cielos! Privada de su vista! (*ap.*)

Marq. Fuera de España, en el fin del mundo, donde quisiere ella. Yo no pretendo sugetarla á nada. No señora; Nicasia es libre, independiente, y me miraria yo con horror, si por tan fríbolos beneficios, me imaginara el menor derecho sobre ella.

Doña Flor. (*Se levanta con viveza; corre al gavinete; toma á Nicasia por la mano, y trayendola hacía el Marqués la dice.*) Ven hija mia. Da las gracias á tu amable, y generoso protector. Ahora te digo que no debes avergonzarte de su generosos beneficios, ni tienes que temer de un hombre de tan noble carácter. Los dones de una amistad tan desinteresada, y decorosa no envilecen. Trata tú de merecer con una gratitud constante y viva, el amigo que te ha dado la bondad del cielo.

Nicas. (*Cogiendo la mano del Marqués, se la besa con llanto, muy tierna.*) Dichosa yo mil veces!... Mi amado bienhechor!... mi dulce y fiel amigo....

Marq. Porqué lloras Nicasia?.... ¿Sientes algun disgusto por el asilo que te se propone?

Nicas. Ay señor! Yo no puedo sentir jamás repugnancia por lo que vos aprobais. Yo seguiré

los consejos de Doña Florencia, y obedeceré á todo lo que me mandais.

Marq. ¿Lo que yo te mande? ¿Como me hablas con ese estilo? Yo no puedo ni quiero mandarte nada; y me da la mayor pena oirtelo decir. (*A Doña Florencia.*) Yo os suplico, señora, que pidais á vuestra amiga, que me trate con mas confianza.

Nicas. ¡Y vos os conformais!... Vivir privada yo de vuestra presencia!... Si, solo la idea trastorna todo mi ser.... ¡Ay de mí!...

Marq. Enxuga tu llanto. Nada temas. Yo iré á visitarte.

Doña Flor. Tú vas de pensionaria solamente.

Marq. No llores mas. Levanta esos hermosos ojos sobre dos personas que te estiman verdaderamente, y son tus fieles amigos. Que tenga yo el gusto de mostrar á los de tu amiga, que nada he permitido á mis deseos, que te obligue á baxar los tuyos en su presencia.

Doña Flor. Basta ya sobre eso, señor Marqués.... No se hable mas que de lo venidero.

Marq. Es fuerza que me encargue yo desde ahora, de hacer advertir á Doña Felipa de la repentina separacion de Nicasia. Voy á dar mis órdenes para que se saque de allí quanto tiene de ella. Vendrán á vuestro poder sus muebles que hareis que se trasladen á donde mejor os parezca. Os encargareis tambien del cobro de sus rentas, cuyos títulos pondré luego en vuestros manos. Tengo que retirarme para ocuparme de todo esto. (*A Nicasia.*) A Dios querida amiga. No te olvides jamás de un hombre, que ha pasado tanto tiempo á tu lado, y que ha sabido reprimir una pasion, que podía hallar muchas disculpas. Ya sabes que te amo; pero me es muy dulce repetirtelo. Si, yo te amo, y no me ha costado poco, callartelo tanto tiempo; pero ahora siento un placér inéxplicable porque te he sabido respetar. Por lo mismo que mis deseos eran muy vivos; por lo mismo que tu inexperiencia, tu ingenuidad, y la ternura de tu corazon me prometían una conquista segura, por lo mismo mi alma está ahora muy ufana de haber conseguido una victoria, tan dificil, sobre la violencia de mi inclinacion, y si tu crees deber alguna recompensa á tan penoso sacrificio, solo te pido que me concedas una gracia, y és que no te aflijas; que vea yo disiparse tu tristeza; que no pueda advertir en esos ojos, tan amables, mas señales de tus lágrimas.... (*La coje la mano, y se separa de allí pronto para marcharse. Sigue Nicasia con su silencio y mas llorosa. Doña Florencia le acompaña hasta la puerta, allí se vuelve él, y la dice.*) Me resta pediros aun la gracia de que no os negueis á que os vuelva yo á ver.

Doña Flor. Mi casa y mi estima-

cion por esos sentimientos de amor y virtud, serán siempre vuestras. Sabré agradeceros vuestras visitas. Yo desdeño una severidad, las mas veces afectada, y siempre opuesta al verdadero honor. (*Se entra Nicasia al gabinete.*)

Marq. No la dexeis mas; id á consolarla. (*Vase. Doña Florencia traviesa el tablado para ir en busca de Nicasia, y cae el telon.*).

ACTO QUARTO.

Ginés y Paulino en la habitacion del Acto anterior.

Paul. (*Con una caxa debaxo del brazo.*) ¿No están las señoras en casa, Ginés?

Gin. No señor; pero salieron bastante temprano, y juzgo que no pueden tardar.

Paul. Me alegraré, porque quisiera enterarlas de todo lo que se ha traido de casa de Doña Felipa.

Gin. Siendo por eso; pues que aquí se ha recibido, me persuado á que no me juzgareis de tan poca confianza....

Paul. Volaverunt! Ya desbarra tu discurso. Vamos, señor Ginés ¿á que vendrá esa respuesta? Yo no desconfio de nadie, sino que deberia hablarlas; y por otro lado tengo que volverme pronto, porque me lo encarga mi amo. Ya se estaba disponiendo para venir aquí, y me dixo que abreviara yo. Ni puedo estar en todas partes, ni soy mas que uno, haciéndome mucho favor; pues si considero mi edad, y me despojo de mi amor propio, diré que no soy ni aun medio. Los años, amigo, no se echan en saco roto. Son la polilla del hombre, y le van royendo por dentro y fuera de modo que se le comen hasta las barbas. En fin, quédate con esto (*entregándole la caxa.*) que pondrás en manos propias de la señorita. Cuidado no se cayga la llavecilla que viene puesta.

Gin. ¡Caramba, que peso tiene! Mire usted donde la dexo: aquí podrán encontrarla, y la verá usted si vuelve. (*En la mesa.*)

Paul. Pero no dexes de dar el recado á la señorita: lo entiendes? *Vase.*

Gin. Palabras superfluas. Está entendido. — Cómo tardarán tanto! Mi ama, si entra en una iglesia, se olvida hasta de sus lecturas. Es muy buena ciertamente, como la nueva huéspeda la quiera imitar, se la quitarán las ganas de tertulias y recreos, y no tardará tambien en perder su inveterada costumbre de las visitas del Marqués. Hay mucha diferencia de esta casa á la de Doña Felipa. Aquí! aquí se hila mas delgado!... pero chiton, que ya llegan.

Salen Doña Florencia y Nicasia. Esta se quita la mantilla.

Doña Flor. Qué te dixo Paulino? (*á Nicasia.*)

Nicas. Que tengo ya aquí mis muebles. Que parecia Doña Felipa una furia, segun los extremos con que leyó el papel del Marqués, donde la avisaba de nuestras determinaciones. Que nos

amenaza á todos, y que....

Doña Flor. Bueno, bueno; basta; no me digas mas. La conozco, y no me cojen de susto sus exêcraciones, que debo despreciar. Yo, Nicasia, he sabido cumplir con lo que me pide la memoria de tu madre, y el amor que te he profesado siempre. Está ya en parte satisfecho mi corazon, y lo estará completamente, luego que te vea retirada, donde la mordaz censura no pueda interpretar mis intenciones, ni ofenderte con sus sospechas injuriosas. — Ginés, vete á disponer, que he de volver á salir al punto contigo. (*Vase Ginés diciendo*:)

Ginés. Bien, señora.

Nicas. Me dixo Paulino, que el Marqués vendria luego.... vos os vais....

Doña Flor. No creo que le haré falta, aunque venga. ¿No sabrás tú hacerle los honores de mi casa? Le recibirás como corresponde, mientras me empleo en vuestros propios asuntos. Así se lo podrás decir. Es fuerza sepa yo donde entrarás de pensionaria.... (*Nicasia se consterna*, *y enjuga sus ojos*.) Pero ¿que motivo tienes ahora para esa afliccion? Como! ¿Por que viertes esas lágrimas de amargura?

Nicas. No lo sé; pero siento mi corazon tan oprimido.... Yo misma no me entiendo. No tenia antes ningun deseo, ni esperanzas algunas. Sin embargo mi situacion me parecia la mayor felicidad: ella me bastaba para satisfacerme por entero, sin darme lugar á desear otra cosa. Jamás esperé que el tiempo me pudiese dar otro bien, que el que gozaba; y aun así, hoy me parece que lo he perdido todo.

Doña Flor. Acuérdate de las palabras que dixo ahí el Marqués, y que todavia resuenan en mis oidos: »Esta pasion no puede ser feliz, sin que alguno de los dos haga grandes sacrificios al otro." Así lo dixo, y veo la verdad de su asercion.

Nicas. ¡Ah Marqués! No has menester hacerlos muy grandes para que Nicasia sea dichosa. Ella no los exîgiria nunca, ni deseará una felicidad que pudiera perjudicar á tu reposo, ó á tu gloria. Se han abierto ya mis ojos, y veo el espacio inmenso que nos separa.... Pero ¿por que me cuesta tanta pena el desengaño de una esperanza que nunca tuve?

Doña Flor. Ni creo que puedas tenerla jamás. Seducidos ambos por el trato y la inclinacion, os habeis dexado llevar de vuestro afecto, y cada dia os habeis empeñado mas en una ciega pasion. Si no procuras desecharla ¿en que podrá parar tu amor? El no puede desposarse contigo sin echar por tierra todas las esperanzas de su fortuna, y sin perder la gracia de su tio, que jamas aprobaria tu alianza con él. ¿Y qué será del Marqués, si pierde su pleyto?

Nicas. Vuestras razones son muy justas. Deberian persuadirme; pero veo ¡ay de mí! que nada en el mundo me le podrá hacer olvidar, ni quitarme el consuelo de amar y ser amada de un

hombre de su mérito.

Doña Flor. Esperalo todo del tiempo y la razon. (*Entra Ginés con capote, y sombrero en mano*) No quisiera dexarte entregada á tus tristes reflexîones. Me quedaré, si no me das palabra de distraerte.

Nicas. Id, señora: no os detengais por mí. Abreviad el dia que tanto asusta á esta desgraciada.

Sale el Marqués.

Doña Flor. Llegais á tiempo, señor Marqués. Iba á dexarme sola á Nicasia. Vos me disimulareis; no puedo menos....

Marq. Sois muy dueña de hacer lo que os parezca. Os acompañaré tambien si gustais.

Doña Flor. No; me basta con Ginés. Volveré muy luego. (*Vase y Ginés.*)

Marq. Cielos! (*hablando ap.*) ¡Como podré darla la noticia de mi repentina partida! Mi tio me llama á la corte con precipitacion y empeño. ¿Para qué me querrá?... Gran causa debe tener para desearme allí con tanta prisa.... (*A Nicasia.*) Me creo adivinar, Nicasia, donde va esta señora; y lo mas triste para mí es el conocer yo igualmente, que sus diligencias para nuestra forzosa separacion, no solo te complacen, se las mandas tal vez. ¿Tú eres la que exîges esta precaucion? ¿te desconfias de mí? Bien lo veo. Ya no me amas, y me miras como un hombre á quien se debe tener miedo. ¡Ay querida mia! ¡Como, y con que prontitud te has mudado! ¿Que se hizo aquel dichoso tiempo, en que me veías apenas, quando volabas á mi encuentro con una viveza llena de alegria; en que te apoyabas sobre mi brazo, y nos paseabamos juntos con tanto placer por los lugares mas solitarios? Ahora todo son ya temores, frialdad y reserva. Ya no eres la misma; tu amistad no es tan tierna, ni tu corazon es tan ingénuo. Tú misma te has buscado las luces funestas que destruyen nuestra recíproca felicidad. Dime si te he dado ocasion jamás....

Nicas. No sigas con unas quejas que traspasan mi corazon. ¡Quanto siento que me atribuyas el infeliz estado, en que te miro! ¿Como es posible que sea yo la que te aflixa quando tu felicidad es el único deseo de mi vida? Pero dime ¿porque fatalidad necesitas ahora para ser feliz, que pierda su reputacion una muger, que respetaste siempre tanto? Mi precaucion te ofende. ¿Y como pudiera hoy tratarte con la familiaridad de mi antigua ignorancia? Ella era entonces mi única escusa. Antes te miraba yo como al hermano mas querido. No conocia la diferencia de nuestras fortunas, ni la distancia de nuestro nacimiento, y nada podia contener los afectos de mi corazon. Yo no me he mudado, no; soy siempre la misma; pero he sabido lo que ignoraba; y si no te temo, debo temer que soy jóven; que te debo todo lo que soy y que te amo hasta el extremo. Si, te amo. Desde los primeros momentos en que te conocí, te amé. Este amor ha crecido cada dia en mi corazon, y es el único sentimiento que me hace amar la vida. Tus be-

neficios podian hacer mi exîstencia menos penosa; pero solo tu amor podia hacer mi felicidad. Yo no conocia otra que la de pensar en ti, conservarme tu amistad, y merecer la estimacion de mi único, y mejor amigo. No tenia otro deseo que verte, y leer en tus ojos, que mi presencia te causaba alegría. Con esto solo era sumamente dichosa. ¿Porque me han quitado una felicidad tan grande? ¿Me la pudieras tu restituir, amado Marqués mio? pero ay! Bien siento que no me la puedes tu volver!

Marq. ¡Como he sido tan tirano, que te haya obligado á hablarme así! Que ternura! que bondad! que alma tan noble, y generosa!... Que! adorable Nicasia ¿sería yo capaz de envilecerte, de abusar de tu amor, y de tu dulce confianza? Ah! No; no lo temas de tu amante, de tu amigo que te respetará siempre, y que dexaría de.... importunarte muy pronto.

Nicas. Que me dices?... Cruel expresion! Abandonando por mi parte estos sitios, en que te veía con libertad, no hago mas que obedecer á los consejos de la prudencia; pero no es por huirte, ni por dexar de verte. Tu mismo me dixiste ántes, que podrás hacerlo en el retiro, en que esté; pero sí quieres absolutamente que éste no se verifique, yo someteré mi conducta á tu soberana decision. Por dar consuelo á tus disgustos, nada hay á que no me disponga.... Aun así, veo que nos conviene y apelo á tu fina generosidad.

Marq. Yo no sé lo que me quiero, y solo sí, que somos infelices. No tengo valor para decirte mas. Acaso soy injusto contigo. Tal vez voy á perderte para siempre. El honor, la gratitud y mi palabra.... Todo me fuerza á sacrificio tan cruel.... ¡Que pena es para mí el no ser dueño de mi libertad! Pierdo ya hasta la esperanza; pero ¿la he tenido jamas? No; nunca me he lisonjeado con idea tan dulce. Mi culpa es haber dexado correr mi pasion sin contenerla, y haber contribuido á la tuya.... ¿Me perdonarás tierna amiga de mi corazon? ¿No me despreciarás? ¿Podrás acordarte de mi sin horror?...

Nicas. Qué dices? No redupliques mi confusion. Ya no pueden aumentarse mis tormentos. Acaba de explicarte.

Marq. Mi tio me llama con instancia, y presteza. Acaso me obligará á un eterno disgusto, con un enlace proyectado anteriormente; pero ¿que he de hacer? Así lo quiere el cielo, y lo exîgen mi gratitud y mi honor. En quanto á tí, vive tranquila y dichosa. Si la memoria de un constante, y verdadero amigo te arrancára algun suspiro, yo deseo que no sea doloroso.

Nicas. ¡Vas á ausentarte de mí!... No volveré á verte, ¿y quieres que yo viva tranquila y dichosa!... Tranquila sin tí! dichosa, lejos y privada de tu vista! Como es posible! Ay! no puedo mas.... (*Déxase caer sobre una silla. Sale Paulino acelerado.*)

Paul. Señor, señor! Perdon si os interrumpo. Teneis en el instante que venir á casa.

Marq. Llamad quien socorra á la señorita. Que vengan pronto.

Sale Doña Florencia, y detrás al ruido una criada.

Doña Flor. (*Viendo á Nicasia vá hácia ella.*) Qué es esto?.. Nicasia!... (*Al Marqués.*) ¿Que la ha sucedido?

Marq. Lo sabreis. Socorredla, socorredla.

Doña Flor. Nicasia!...

Paul. (*Llevando de la mano al Marqués á un lado, le dice ap.*) Venid, señor, á casa. No podeis menos. Está esperándoos un señor Ministro de esta sala, y dice que le importa veros.

Marq. A mí?... Un señor Ministro!...

Paul. Y de oficio; con un real decreto que debe notificaros.

Marq. Te sigo allá. Vé á decirlo.... (*Vase Paulino; el Marqués se aproxîma á Nicasia.*) ¡Aun no vuelve en sí!... (*A Doña Florencia ap.*) Doña Florencia, otro empeño de no menos consequëncia, me arranca de aqui sin arbitrio. No sé si volveré á veros. Tendré quizás que partir en posta para la corte. Mi tio el Ministro, me llama. No pude ocultar á Nicasia el sentimiento de mi partida, y esto ha excitado tanto el suyo, que la ha trastornado. Cuidadla ahora y siempre. Yo no sé lo que recelo.... pero, en todo caso, desde allá ó donde yo estuviere, sereis las dos el objeto principal de mi memoria.... Que nada la falte, pues proveeré á todo, si me es posible. Nos escribiremos, y á Dios. Dadla esta alhaja conque avive sus recuerdos por mí. No me olvideis, y á Dios.... (*Al salirse se vuelve y dice.*) A Dios Nicasia.... *Vase.*

Doña Flor. (*Muy triste.*) ¡Que confusion! Que disgustos, Dios mio!

Nicas. (*Volviéndo en sí.*) Ay! (*Mirando á todas partes.*) Ya no está aquí... Yo oí su voz.

Doña Flor. Vamos hija. Dexa de abandonarte á un dolor sin motivos. El volverá. Alzate; ven.

Nicas. (*Incorporándose. La criada se sale.*) Me ha dexado... y tal vez....

Doña Flor. Por poco tiempo.

Nicas. No; para siempre, para siempre! Bien lo infiere mi corazon, aunque por ahorrarme de tormento, no me lo haya dicho... Cruel! Si su honor le obligaba á partir, debia hacerlo; pero ¿porque sin despedirse siquiera de mí?... ¡Temia que fuese yo tan vil que le disuadiera de lo que la razon y su gratitud le prescriben... Nunca tuve mas deseo que el de su felicidad!

Doña Flor. Sigue constante en esa conformidad, y tendrás que sufrir menos. Si te contenras con sus sentimientos amistosos, en ningun caso podrán faltarte: asi te lo promete por mi, y en prueba de ello te dexa aqui su retrato. (*Dásele.*)

Nicas. El es, si. En otros tiempos mas dichosos se le hice yo misma. ¡Que contentos, tan puros disfrutaba yo entonces!

Doña Flor. No le puedes estar viendo, sin que aumente tu quebranto. Pónle por ahora aqui. (*Coje y abre la caxita.*) Déxale entre las demas joyas de tu uso,

que son tambien el efecto de su generosidad para contigo.... (*Al ponerle ven dentro de la caxa una carta.*) pero ¿que papel tienes aquí? Es carta? (*Sacándola y ponen la caxa sobre la mesa.*)

Nicas. De quien?... á ver señora. Leedla.

Doña Flor. La letra parece de Felipa... (*Abriéndola.*) De ella es.

Nicas. Leedla recio.

Doña Flor. (*Lee.*) »Pensarás, ingrata Nicasia, causarme una »mortal pesadumbre, con tu »separacion de mi. Florencia »creerá tambien hacer su for»tuna contigo, mientras me »vengo yo de vosotras, con el »gran placer de participaros lo »que será presto público, y »pierde sin arbitrio á vuestro »amigo. Cayó su tio el mi»nistro. Está preso con otros »de su partido, y el Mar»qués queda arruinado para »siempre."

Nicas. Desgraciado!... Este era el triste misterio que me ocultabas!...

Doña Flor. Muger aborrecible!... Alma baxa!...

Nicas. ¡Porque Dios mio, no me habeis quitado la vida, ántes de saber esta desgracia! ¡Perdido el Marqués, y arruinado!... Santos cielos!

Sale Paulino, muy triste.

Doña Flor. Partió ya? Paulino!..

Nicas. Donde está? que es de él? que se ha hecho?

Paul. Partir!... ¿á donde; á que? El golpe cruel, é impensado... no puedo hablar.

Nicas. Decid; no os contengais; informadnos de todo.

Doña Flor. Ya sabemos nuestra comun desgracia.

Paul. ¡Tan pronto! En fin, señoras, todo ello está reducido á que depuesto el Ministro; su sobrino, mi amo, con quien tenia tanta correspondencia, tambien se ve comprendído en el decreto fatal. Lo peor está en que su pleyto.... (esto acàba de arruinarle, y le dexa por puertas) su pleyto se perderá sin duda, y va á quedarse en una pobreza, que dividiremos con él.

Nicas. ¿Pero y donde está? Que hace? No puede venir.... iremos nosotros allí. (*A Doña Florencia.*) ¡Quanto os aflixo, amiga mia! pero ahora mas que nunca invocó vuestra amistad. No os opongais á mis designios. Me ha ocurrido cierta idea. Yo no debo abandonar al Marqués. Pues que está perdido; destruida su fortuna; y es infeliz, no puedo abandonarle. Mi ánimo es vender, quanto me ha dado; juntar todo el dinero que pueda y ponerlo en sus manos. Puede ser que mi vista le alivie, y si no logro consolarle, al menos le acompañaré en sus penas, sufriré, gemiré y moriré con él.

Doña Flor. No sé que te diga Nicasia. Temo....

Nicas. No teneis que replicarme; nada me digais sobre los crueles miramientos del mundo. Yo abomino las ridículas extravagancias, que obligan á la ingratitud, y la dureza. Tambien tiene la amistad sus leyes santas. Ninguna decencia puede haber superior á la del reconocimiento práctico.

Doña Flor. Si hija mia, apruebo la nobleza de tu alma. Le iremos á ver.

Nicas. Señor Paulino, en vos miro yo el sujeto mas propio para una accion que debo de justicia á vuestro amo. Tomad. (*Dándole la caxa que el tarda en recibir.*) Aprovechemos los instantes: id volando, vended quanto hay aquí, y llevadle su importe, sin que le digais jamás (yo os lo ruego por Dios,) de donde proviene esta cantidad. ¡Quien pudiera procurarla tal aumento que bastase á enriquecerle!... Aun puedo añadirla esto poco. (*Quitándose su aderezo y poniendolo en la caxa.*) Pero ay! (*sacando el retrato.*) (Todo el mundo entero fuera poco para el precio de esta hermosa joya! No; enagenarla! jamás.— Ya está todo, id; no os detengais.... ¡Que quiere decirme esa inaccion, ese silencio, que me admiran! ¿Dudaríais prestarme un servicio que no puedo encargar á otro ninguno?

Paul. (*Tomando la caxa.*) No señorita. Yo cumpliré con fidelidad vuestras amables ordenes; pero permitidme os diga, que ha sabido mi triste amo colocar muy bien las aficiones de su corazon. ¡Quiera el cielo restituirle su tio, su fortuna, y su salud, conservándole siempre una amiga, tan digna y respetable como vos, en quien se notan amor y virtud á un tiempo.

Nicas. Su salud! Qué dices?

Doña Flor. Pues que! Está enfermo?

Paul. (*ap.*) La erré...No; nos os inquieteis, señoras. Sus repentinas desgracias le han consternado con demasía, pero se mejoró mucho ya. Yo me voy, y le llevaré el refuerzo que le enviais. *Vase.*

Nicas. Ya lo habeis oido. Está enfermo el Marqués, y tal vez de peligro. ¿Dudareis, ni por un solo instante, de lo que yo debo hacer?

Doña Flor. No, hija mia; mas me temo la debilidad en que te noto: no será la suya menos, y pudiera aumentarse con vuestra vista hasta un extremo muy arriesgado.

Nicas. No señora: aun me siento con fuerzas para seguiros hasta allá con un paso harto veloz. No nos tardemos. (*Cogiéndola de la mano para llevarla.*)

Doña Flor. Vamos, que tambien deseo verle yo. *Vanse.*

ACTO QUINTO.

El Marqués, de bata y gorro, sale de la alcoba, sostenido por un criado, y va á sentarse en el sillon. Paulino le dice.

Paul. Aquí, aquí estará V. S. bien. La cama en este género de dolencias aumenta el mal, porque comunica su calor á la imaginacion, de donde él proviene.

Marq. (*Al criado que se va.*) Advertid al portero que no estoy visible para nadie absolutamente. (*A Paulino.*) No quiero que me vengan con razones de consuelo. La soledad es el mejor alivio de los desgraciados.

Paul. Algo hay que decir sobre eso. Tambien aparta los motivos de la distraccion, y dexa al al-

ma entregada á sus ideas melancólicas, que la devoran con impiedad. Yo, señor, entiendo que vuestra orden de cerrar las puertas de casa, no se entenderá con todos. ¿A nadie, nadie? ¿y si viniese....

Marq. ¿Quien ha de venir?.. Ahora ya sin favor, arruinado y casi indigente, ¿quien habrá que me quiera ver? Tal es el mundo, Paulino. Juzga contagiosa la desgracia, y huye del que la padece.

Paul. Tambien suele quedar una ú otra de aquellas buenas almas, que sensibles á la amistad, nunca la pierden de vista. Yo sé, señor, que no falta en vuestro infortunio quien derrama unas lágrimas muy tiernas; quien os quiere mas que en vuestra opulencia, y me ha dado, para que os lo entregue, este socorrillo, (*enseñando un bolsillo.*) por si algun viaje, la enfermedad, ó algun otro motivo de gasto os le hiciera menester.

Marq. Quién es? dímelo, Paulino. Quién? tú mismo, amigo mio: si, tú eres. ¡Quanto haces por mí! Quánto te debo!

Paul. ¡Si: Paulino! Como!.. ¿Quándo he tenido de mis pagas, ni un maravedí de ahorro? En la carrera militar nos acostumbramos á unos dispendios, con que seguimos siempre. La pipa, el juego y las francachelas se lo absorben todo.

Marq. No me es dado recibir el beneficio, sino conozco á su autor.

Paul. Pues no podeis saberlo por mí. Se me ha encargado el secreto.

Marq. Doña Florencia es virtuosa y noble....

Paul. Ya se va quemando! (*ap.*)

Marq. Las lagrimas de su amiga por mi desgracia habrán movido su corazon hasta interesarlo en el alivio de mi suerte.... Ay de mí! ¡Ya no me quedan medios para corresponderlas! Este es el mas cruel de todos mis sentimientos!... pero ¿entra gente? Mira quien es; y que me dexen.

Paul. (*Acercándose á la puerta, hace que las ve.*) Ellas son.... deben entrar.... Adelante, señoras, adelante.

Marq. No Paulino. Nadie, nadie... (*Salen Doña Florencia y Nicasia.*) mas cielos! ella es! si, si. (*Se aproxîman al Marqués. Nicasia se acerca como con temor. El la alarga la mano, que ella toma é inunda de lágrimas, besándosela: prosigue gritando.*) Es mi querida Nicasia. ¡Dios santo, que favor! Siéntate aquí junto á mi, Nicasia mia. ¿Te has dignado venir á verme? ¡Que dulce amistad! ¡Que agradable sorpresa! Yo no esperaba una fineza tan preciosa.

Nicas. ¡Y por que no la esperabais! ¿Pensais que soy de aquellos falsos amigos que se alejan en la desgracia? ¿Me teneis por insensible ó ingrata? ¿No sabeis que vos sois para mí todo el universo? Si mi presencia, si mis atenciones pueden procuraros algun alivio, aquí estoy. Todos los momentos de mi vida os serán consagrados.

Marq. (*Tomando la mano de Paulino con arrebato dice ap.*) ¡Y yo era capaz de sacrificar mi única felicidad á vanos miramientos! ¡mi único deseo al capricho de otros! ¡Como habia de quedar impune este crimen.

cometido contra la rectitud de mi corazon!

Se oye dentro á mucha distancia un látigo de posta.

Paul. (*Sobresaltado dice ap.*) ¿Que será esto? ¡El látigo de un postillon!... Si nos quedará aun alguna mala nueva que saber! *Vase.*

Marq. Os agradezco tambien sumamente vuestra generosa bondad, Doña Florencia. Todo lo sé, aunque habeis procurado que se me ocultara. Ya no puedo corresponderos. Esto hace mi tormento mas acerbo.

Doña Flor. Reservad esos elogios para otra alma muy semejante á la vuestra. Os equivocais, señor Marqués. Os entiendo. Nada me debeis; nada hice hasta ahora por vos: sin embargo, contad para lo sucesivo en quanto pueda depender de mis cortas facultades. Dexemos esto, y pensad únicamente en el restablecimiento de vuestra salud.

Nicas. Reparad en quan interesante nos debe ser. Todo lo demás es menos. Si os mejoraseis pronto, nada habremos perdido, ni nos quedaria nada que desear. Hay otras satisfacciones mas apreciables que las de la opulencia.

Dentro gràn ruido con palmoteo, gritos de vivas y victores de los criados. Sale Paulino chasqueando el látigo.

Paul. Albricias! señor, albricias! Todo es ya felicidad. Vuestro tio se ha justificado....

Marq. Paulino! qué me dices? deliras, ó sueño yo?

Nicas. Justo cielo!

Paul. Está otra vez el Ministro junto al mejor de los Reyes, y sus acusadores arrestados. — Tambien se ha visto vuestro pleyto, y le habeis ganado con costas. Ahí está el correo que os trae tan buenas noticias; pero loco yo de contento, he querido daroslas, mientras arregla los caballos.

Marq. Santo Dios!... Quántos favores de tu bondad!... ¡El Ministro reintegrado, y yo he ganado mi pleyto! Quántas gracias te debe mi corazon! (*El correo de gabinete sale acompañado de todos los criados. Estos gritan: viva! victor! viva! Paulino sacude estallidos con el látigo, y cogiendo de la mano al correo le aproxîma al Marqués.*)

Paul. (*Al correo.*) Aquí está el amo: este es el señor.

Correo. Deseoso de no retardaros, señor Marqués, las alegres nuevas de que soy el portador, no he omitido la mayor diligencia. Me juzgo muy dichoso por haber podido acortar por instantes los de vuestra injusta desgracia. El señor Ministro de estado de S. M. me entregó ayer en Madrid este pliego para vos. Se ha publicado ya su contenido en la Real Cámara, y S. E. me ha mandado deciroslo así. Recibid mi enhorabuena.

Doña Flor. Nicasia, ¿no se la damos nosotras tambien?

El Marqués abre y lee el pliego á voz baxa.

Nicas. Yo no sé lo que me sucede. Mi corazon está oprimido en extremo. Ay amiga mia! (*La abraza llorosa.*)

Doña Flor. Desahogate en mi pecho, hija mia. Dexa correr tus lágrimas de alegria. Nunca podrás derramarlas por un motivo mas justo.

Marq. Yo os bendigo, Dios piadoso!.. Veo verificado aquí quanto me dixo de palabra Paulino. Para mi mayor ventura, tú, eterno Ser supremo, inspiraste á mi buen tio esta órden, que él me impone en el último párrafo de su carta. Oidla todos. (*Lee á voz alta.*) »En fin, sobrino mio, »pues que con tu nuevo ducado »de Antibona vas á ser suma»mente opulento, y yo he visto »en mi desgracia, que el Conde »del Risco, cuya hija única me »habia él prometido en matri»monio para ti, se separó de »mí y de su promesa: no quie»ro que pensemos mas en ella. »Cásate á tu gusto y pronto con »la que juzgas colmada de amor »y virtud á un tiempo, á la »qual doto desde ahora por mi »parte con todos mis bienes." (*Representa.*) Sabed pues quantos me ois, que ya que puedo seguir libremente las inspiraciones de mi corazon, voy á pagar el amor que debo, recompensando así tantas finezas y virtudes. Ven á mi (*con los brazos abiertos.*) Nicasia mia, ven y abraza á tu esposo. (*Se abrazan, y dice á los criados.*) Reconocedla por mi muger. Ya es ama vuestra.

Todos. Viva! viva! (*Paulino dando chasquidos con el látigo.*)

Marq. (*A Paul.*) Zeloso y honrado amigo, pues que tú tan grande interés tomabas en mi matrimonio con la señorita; llégate, ven á estrecharla entre tus brazos, mientras doy yo los mios á nuestra amada mamá. (*A Doña Florencia.*)

Nicas. Paulino: amigo Paulino!

Paul. Ama mia, de mi alma! (*Abrazándola.*)

Marq. Sereis nuestra madrina en esta ocasion, (*A Doña Florencia.*) y nuestra compañera inseparable, durante nuestra vida. Mandareis siempre en mi casa, en vuestros dos hijos, y en quantos haya en ella.

Doña Flor. ¡Tal fortuna me esperaba!... ¡Eterna providencia de mi Dios! ¿Como podré daros gracias por tanto bien? Solo me resta el de ver prontamente recobrada vuestra salud, amado Duque mio.

Marq. Unas satisfacciones tan dulces me la restablecerán sin duda. Pero deben ser acompañadas de la virtud que mas interesa á la sociedad. Haré que las intenciones, depravadas de Doña Felipa tengan la debida pena. Hoy mismo será entregada á la justicia, que exâminará su conducta, y la parte que en nuestras desgracias pudo tener. Así el cielo nos da pruebas continuas de que al vicio nunca falta su castigo, al paso que la virtud siempre fue recompensada.

FIN.

Esta primera Edicion es propiedad de José Cárlos Navarro, en cuya Librería se hallará de venta, frente la Lonja de la Seda, á dos reales vellon.